

LA IMAGEN ROTA

ARDEN las cárceles, crece en todos los rincones el terrorismo, se rebelan los empresarios, aumentan los parados, nos invade la delincuencia impunemente, siguen subiendo los precios... Da la sensación de que la nave del Estado va a la deriva". Esto se escribía la semana pasada en Madrid (Abel Hernández, "Informaciones", 30 de noviembre) para explicar que "los marxistas, entre tanto, esperan confiadamente su hora". Y también se ha escrito: "Pero lo cierto es que el peso social de la derecha es aún enorme. Y lo será mayor siempre que tome la iniciativa, y que sepa que ya no es posible, ni bueno, transigir más en lo fundamental: ni en el tema de las nacionalidades, ni en la tolerancia miedosa con la violencia asesina, ni en el progresivo y continuo deterioro del mínimo respeto a la ley, por poner tres ejemplos vivísimos de increíbles lenidades"; si la derecha sigue "temerosamente votando biografías e ignorados futuros en lugar de creencias y programas claros, estaremos rodando por el plano inclinado de nuestra propia autodestrucción y, tras ella, la de España". (Ruiz Gallardón, "ABC", 1 de diciembre.) ¿Es esta la imagen real de España en este momento? ¿Es realmente ese país de sangre y fuego, de desintegración y de ruina? Está visiblemente claro que no. Pero es la imagen que tiene de sí misma una sociedad que, en efecto, se destruye. Su identificación con España, dentro de su ingenuidad, es típica: si se destruye ella, se destruye España... Los demás, ¿no son España? No; en el vocabulario "de siempre" han sido la anti-España. Están arrojados al círculo exterior desde hace cuarenta años. Pero ahora esa sociedad se autodestruye. Es cierto. Diríamos que viene autodestruyéndose desde hace siglos; por no hacer aquí un compendio de la Historia de España, podríamos decir que se viene autodestruyendo desde que ganó la guerra civil y no tuvo una comprensión más amplia del futuro y de la totalidad de lo que llamamos el país, de sus necesidades, de sus posibilidades. De lo que los marxistas —con perdón— llaman el sentido de la Historia. O de la profecía de Unamuno: "Venceréis, pero no convenceréis". Crearon una sociedad imaginaria, no una sociedad real. Se fue muriendo ella sola. De muerte natural. A veces los partidos de la oposición estiman en más de lo que ha sido su lucha, su oposición, su clandestinidad, su trabajo incesante —heroico, muchas veces, difícil todas— en la producción del cambio. También lo exageran, con otros fines, estos sujetos de la sociedad que

se hunde, que se desmorona. "El marxismo espera" (Abel Hernández); "La política del antimarxismo español se ha convertido en un continuo ceder" (Ruiz Gallardón). La verdad es que pocos tienen la claridad que el impetuoso dirigente de Alianza Popular, Ruiz Gallardón, para pronunciar la palabra "autodestrucción", aunque pueda uno temer que su intención general de resurgimiento sea la de reponer los mismos métodos y las mismas fascinaciones que llevaron a esa sociedad a su autodestrucción.

LA verdad es que lo que se ha roto, se ha despedazado, se está muriendo es una forma de la derecha española —aunque, ciertamente, su peso social "es aún enorme"— y que lo que la está sustituyendo es otra derecha española. No pueden engañarse en este punto los franquistas: son sus hijos los que les han heredado y los que disponen del poder. Son ellos los que legislan, secretan, pactan, otorgan, reparten puestos de mando y administración; los que tratan, ahora, con este retraso, de convencer o de adoptar fórmulas de convencimiento, al que dan el nombre de consenso —tan velozmente aceptado por todos, y hasta idolatrado— para que la variación sea estrictamente la necesaria. Y se sabe que en el fondo, en la reserva, está siempre la fuerza.

CIERTO que este estado de ánimo de la derecha está presente también en muchas meditaciones de la izquierda. La izquierda española siente muchas veces también hundirse el suelo bajo sus pies. Presencia con estupor la guerra de las centrales sindicales, la deterioración de sueldos y salarios, la enemistad entre los partidos políticos que deben representarla y que se disputan ya las elecciones municipales; se espanta de que de sus extremos puedan surgir manos terroristas o asesinas (la derecha clásica digiere mejor su terrorismo, o lo justifica con más facilidad); el mismo consenso la hace pensar, a veces, que los dirigentes políticos diluyen de sus responsabilidades. Ven cómo cualquier medida de aparente liberalización está tan rodeada de relatividades, de cortapisas, de contralibertades, que no alcanza nunca la mentalidad progresiva que ya está en marcha. Las Cortes se están apagando por falta de debates verdaderos, los partidos políticos no ofrecen grandes atractivos.

TODO es un "estado de fastidioso desaliento", como escribe, también desde su derecha clásica, pero más reflexiva, José María Alfaro ("ABC", 3 de diciembre), que tiene la inteligencia de ponerse por encima de la clásica retahíla acusatoria de



Contra las exageraciones intencionadas de esa derecha que se desmorona, no está de más precisar que durante el mes de noviembre, por ejemplo, las huelgas han sido sólo el 50 por 100 que en el mismo mes del año pasado. En la foto: obreros en asamblea durante la reciente huelga "general" en Bilbao.



El Tribunal Tutelar de Menores, en Madrid, tras la explosión de un artefacto, en la madrugada del día 3: a pesar de las llamadas e invocaciones de los apocalípticos, en este país el terrorismo no alcanza ni con mucho lo que sucede en otros países tenidos por sensatos y no violentos, como Alemania Federal, Italia o Gran Bretaña.

su bando ("terrorismo, inflación, huelgas permanentes, desajustes regionales, carestía de vida, inseguridad"...), para ir a "origenes más profundos todavía": "Acaso el fallo de no haber sabido concitar las bases para una esperanzada empresa común, para el entranamiento en una peraltada acción colectiva. La aventura del cambio, de la superación de una crisis en las estructuras, demanda una dosis de encantamiento en los conductores de su ejecución". Estamos otra vez ante la mitología: los "conductores" —Conducator, Duce, Caudillo— fascinantes: el encantamiento en lugar del realismo. Si algo falta no es precisamente el "encantador" —el mago, el transmudador, el gran sacerdote—, sino la sensación de la aventura colectiva. Es decir, el sentido de la revolución. Si las revoluciones son imposibles hoy en la sociedad occidental, como las guerras, hace falta un sentido revolucionario a la transformación de la vida. Otro reflexivo que procede de viejos tiempos de encantamiento, y que ha decantado su pensamiento con muchas realidades, Antonio Tovar, añora las revoluciones: "Los hombres viven difícilmente sin esperanza, y la esperanza revolucionaria es una de las grandes ilusiones". Como se ve, es difícil salir de esta colección semántica de lo mágico: esperanzas, ilusiones o encantamientos. Lo que Tovar combate en su artículo ("El País", 1 de diciembre) es la parodia o el juego de la revolución, el desgaste de sus términos: la utilización cotidiana de gestos y actitudes revolucionarias, que se desgastan en la atmósfera gris y cansina del hastío: "Sepamos gobernar los gestos, que los revolucionarios sepan utilizar los grandes gestos para las causas verdaderamente progresivas, y no los malgasten en parodias que nos entristecen, pues parecen confirmar que las revoluciones se acaban".

AQUI ya no hay aventura, dice Alfaro; aquí ya no hay revolución, lamenta Tovar. Todo son remedos. La vida se ha abaratado, y el gesto no tiene sentido. Es grave, quizá, en un país gestual. Los "marginados" se están convirtiendo en folklore político. Los revolucionarios mimetizan la revolución: hacen teatro, hacen comedia. La derecha tiene miedo a su extinción: para llamar a rebato y que la resuciten, se identifica con España. Pide salvadores a gritos. La izquierda tiene miedo a que la destruyan desde fuera. Si el Gobierno, con sus políticos y economistas, y los partidos, no son capaces de dar una respuesta democrática a la crisis en que nuestra sociedad se debate, volverán a escucharse en nuestro país, sin duda, aunque ahora con otra intención y signo, voces que parafraseen la cita ya clásica de Ortega y Gasset: *Delenda est democratia*", escribe un editorial de "El País" (3 de diciembre). Porque aquí no hay más que dos salidas: la democrática y la autoritaria. "La salida autoritaria es la que están practicando, en medio de un río de sangre, Videla y Pinochet en Argentina y Chile".

TODA la acumulación de citas recaudadas en estos días está hecha con ánimo de configurar el ambiente, el clima que trasciende de la vida política nacional. Dibujan unos el apocalipsis, otros el hastío: invocan al encantador, o al salvador; temen que se hunda "España", tiemblan que sea destruida —"delenda"— la democracia.

PERO cabe preguntarse, como al principio, ¿es esta la imagen real del país? Hay un cierto raciocinio que se rebela. En este país, donde en el mes de noviembre, en pleno plan de austeridad, las huelgas han sido el 50 por 100 que en el mismo mes del año pasado —cifras oficiales—; don-

de el terrorismo no alcanza lo que sucede en otros países tenidos por sensatos y no violentos (con todo el error de apreciación que supone el viejo sentimiento de inferioridad del español) como Alemania Federal, Italia, Gran Bretaña —con su incurable Ulster— o Francia; donde gobierna una derecha más bien pacata y sin duda heredera del franquismo, y los partidos políticos tenidos por más osados pactan con ella para buscar el "consenso"; donde si algo se puede reprochar a "la calle" es que no sabe salir definitivamente del torpor de cuarenta años de anulación; donde la delincuencia común es enormemente inferior a cualquier país de Occidente; donde los "marginados" no tienen ni el número ni la capacidad de movilización que han tenido o tienen en otros países —Estados Unidos, Italia, Alemania Federal, Gran Bretaña...—; en este país, donde todo se acoge en la inmensa mayoría con resignación y con, por decir otro elemento negativo, escepticismo, ¿puede hablarse de destrucción, de anarquía, de caos?

LO que sucede es que una sociedad fragmentaria que se hunde, que se desmorona por muerte natural y por imperativos históricos, proyecta sobre la totalidad su propia angustia personal. Una vieja sociedad de izquierdas y una vieja sociedad de derechas que no saben aceptar toda la incomodidad del tránsito, que no saben recoger todo lo que tiene de positivo el enorme movimiento que se está haciendo, desde abajo, en nuestro país.

NI encantadores, ni revolucionarios, ni salvadores. Ni fanáticos del orden, cuando el orden es una proyección de uno mismo. Es otra plasticidad y otro valor el que se necesita en este momento. En la derecha y en la izquierda. ■